

Roberto Páramo

¿Cuánto miden las murallas de Troya?

A veces, cuando nos reunimos, nos acordamos, como no queriendo, de las pasadas vacaciones. Entonces la plática recae sobre Max y nadie se pone de acuerdo. ¿Quién fue el primero que lo vio? ¿A quién le habló primero? Ninguna versión coincide. Y al menos yo, he llegado a pensar que todos lo hacemos a propósito, con el fin de conservar una imagen que no pertenezca a nadie más, un recuerdo particular que nos sirva, llegado el caso, para demostrar que gracias a cada uno de nosotros fue que nos hicimos amigos suyos. Porque él no nos dejó nada. Las cosas que tuvo, nosotros se las dimos y fueron consumidas por el fuego. Y de sus cuadros sólo quedan las tablas limpias, bien pulidas, listas para ser utilizadas de nuevo y volver a contener escenas de guerra o mujeres con largos peinados.

Aquí todo sigue como antes. Cualquiera podría jurarlo. Como antes si no fuera por su recuerdo. Pero lo extrañamos. Y a menudo se nos olvida que estamos acompañándonos, con el pretexto de divertirnos, y caemos en la contemplación del mar, de su hipnótico horizonte, y esperamos ver surgir, allá, los puntos negros de las naves que han de venir a sitiarnos... Ya no por diez años, pues nosotros correríamos a entregar la ciudad y condenarla a la ruina.

Tampoco podemos dejar de pensar, que el año que viene terminaremos nuestras carreras y seguramente empezaremos a ejercer, aquí, donde tenemos tantas facilidades, o en la capital, donde nos han hecho algunas proposiciones gracias a los maestros y a las amistades. De nuestros planes matrimoniales ya ni hablamos. Se supone que seguimos siendo novios, pero como no es muy seguro, más vale decir que somos buenos amigos. Aunque, pensándolo bien, tampoco. No tenemos la menor afinidad que nos una, únicamente la nostalgia. Porque la Historia tiene muy poco que ver con el Derecho, como es el caso de Linda y Pedro. Y en lo que a Toño y a mí se refiere, la Ingeniería electrónica menos todavía con las Letras clásicas. Sólo Max, porque su complicado apellido no logramos pronunciarlo nunca.

Al contrario del año pasado, en que nos dio tanta flojera regresar, y sólo lo hicimos por la obligación de tener que ver a nuestros padres y pasar con ellos la navidad, esta vez, tarde se nos hizo para recoger las últimas calificaciones y ponernos de acuerdo con los muchachos para hacer el viaje juntos. Al llegar a la estación, un primo había ido a recogerlos. Íbamos a dejar a Pedro y a Toño a su casa, cuando al dar vuelta en la plaza, uno de los dos preguntó: ¿Cuándo nos vemos, pues, mañana? Y fue extraño, aunque no mucho, que los cuatro contestáramos al mismo tiempo. ¿Qué les parece si a las cinco en el restorán de don Melchor? Y por si fuera poco, cada quién siguió: Sí, sí, el de la playa vieja, ¿verdad?... Como si no supiéramos. Creo que nada más nos pusimos colorados y ninguno tuvo ganas de reírse.

Fuimos llegando uno por uno. Mi hermana y yo ni si-

quiera nos pusimos de acuerdo. Parecía como si se nos hubiera olvidado. Cuando los muchachos nos telefonearon al medio día, tampoco dijeron nada. Y ellos también llegaron igual, cada quien por su lado. Y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en parejas, sentados en la misma mesa y tratando de mostrarnos lo más chispa del mundo, hablando de nuestros compañeros de clase, del resultado de las pruebas, de los amigos, de las tardeadas que íbamos a organizar, del baile del Campestre...

Y aquí estamos. Casi no hay clientes. Sólo dos señores viejos (nunca me acuerdo cómo se llaman) que nos preguntan: Qué tal los estudios, y que no dejan de agregar: Nuestros respetos a sus papacitos. Atrás de la caja está don Melchor sacando sus cuentas. Y el único mesero, Paco, se hace el que no nos ve. Ya nadie viene por estos rumbos. La ciudad se ha ido desplazando hacia el sur, con eso de que instalaron la nueva frigorífica y las empacadoras, y nada más los domingos unos cuantos bañistas se dejan venir hasta acá. Al fin, Paco se digna:

—¿Otra vez por aquí muchachos? ¡Qué gusto! ¿Les sirvo algo para el frío?

Paco es hijo de un pescador del puerto, pero como salió con manos de mujer y no servía para nada, lo colocaron de mesero para quitarse la afrenta de encima.

—Esto está igualito que el año pasado, ¿verdad?

—Bueno, igual, es un decir, qué más quisiéramos. Pero sí: volvió a haber ciclón en California.

—¿Tú crees que ahora sí nos toque?

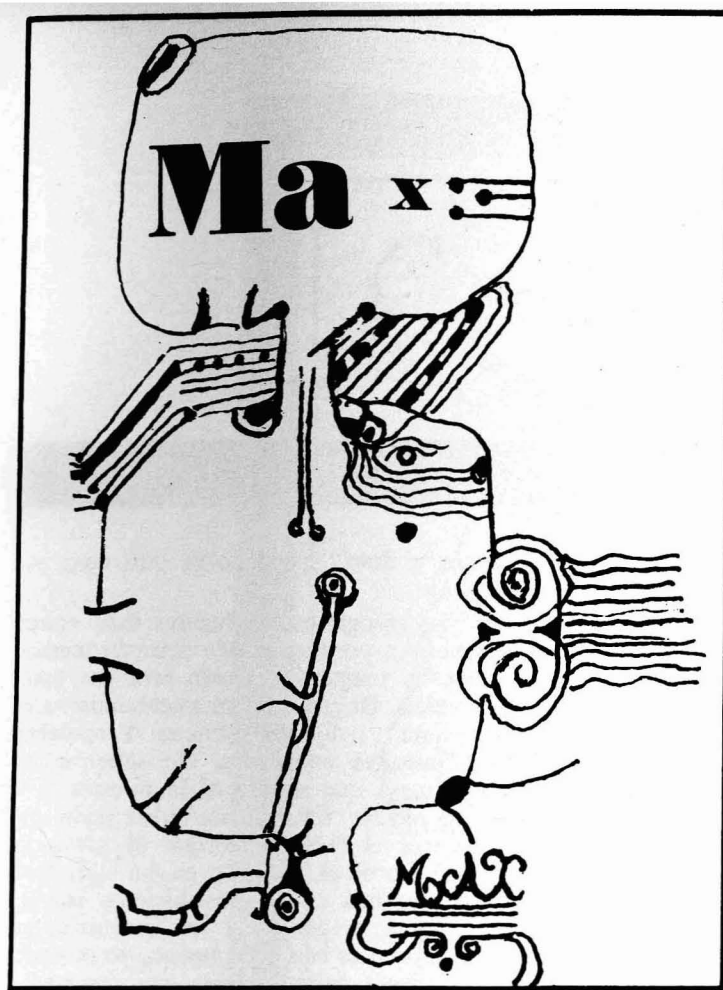
—¡Ojalá! Así vendría menos gente todavía. ¿Se acuerdan qué concurrida era esta playa? ¡Qué horror! Pero, desde que hace un año dieron en venirse estos nublados, a mí me encanta... por algo también le gustó tanto a Max.

Y nos sirve. Y lo convidamos: Si no tienes nada qué hacer, siéntate un rato con nosotros, pídele permiso... Pues sabemos que seguirá hablando de Max. Y nos importa poco que los muchachos hayan dicho que no quieren ni oírlo mencionar. Fingen guardarle coraje por lo mal que les pagó. Pero no es cierto. Lo que pasó fue que ellos lo consideraron su amigo de por vida y a él no le interesaron. Nosotras tampoco quisiéramos ser las primeras en tocar el tema: Qué dirían, que entonces sí estuvimos enamoradas de él y ellos nomás haciendo papel de tontos.

Paco se jala una silla, y mientras va endulzando su taza de agua caliente: Cuéntenme, ¿aprendieron mucho este año?, el próximo se reciben, ¿no es cierto? Bueno, si es que pasan los exámenes finales. Dicen que son bien duros. Ya ven, el hijo de doña Ariadna, tanto decir que el año que entra, que el año que entra...

—Qué Ariadna —pregunta Linda—. Yo no conozco a ninguna que se llame así.

Pero así es Paco. Desde que empezó a creerse culto, le



encuentra a todo mundo su apodo heroico. La tal señora era Adriana Orozco, viuda de Güémez.

—¿Y qué pasó con el libro que les encargué? Necesito averiguar cuánto medían las murallas de Troya, digo, de Ilión —dice a gritos, como declamando una parte concienzudamente ensayada.

—¡De veras! —contesta Toño—. Así fue como lo conocimos. Él estaba parado allí, perdiendo el tiempo, y Paco con el limpiaplato en la mano pendiente de un hilo. ¿Te acuerdas? Tú estabas escuchándolo muy atento y él te estaba contando, como si nada, el combate ante las puertas... ¿las puertas qué?

—Esceas —dice el mesero.

—Exacto. Eso fue lo que más me llamó la atención, el episodio en que alguien se arrastrado alrededor de la muralla. Entonces fue cuando tú le preguntaste cómo le habría quedado el cuerpo al pobre, y si es que eran muy largas las dichas murallas. Él te dijo que medían exactamente... Y creo que a fin de cuentas no se acordó. Pero te explicó que el cuerpo no debió haberse lastimado mucho, porque iba protegido en una ligera armadura cincelada.

Sí, pero eso sucedió después. En esos momentos él tenía un aire de fatiga tremendo. Tanto que yo pensé, éste ha de ser un foráneo que anda de paso, porque lo que es de agente viajero no tiene la facha, o un turista gringo al que se le acabó el dinero, o sabrá Dios, con lo despreocupada que es esa gente. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, el cabello todo enmarañado, y él sin hacer nada por arreglárselo y ponerse más presentable. A mí me disgustó mucho su desaseo, las botas cubiertas de arena húmeda subidas en una silla, y esa manía de meter el dedo en su taza de café y luego trazar signos sobre la mesa.

—¿Qué no fue aquella vez en que se acercó a pedirme un cigarro? —dice Pedro—. Yo se lo di, pero cuando sa-

qué el encendedor, él me dijo que muchas gracias, que lo iba a guardar para fumárselo después. Entonces yo le dije, toma otro si quieres, y lo tomó.

—¡Oyeme, no seas! —dice Linda—. A mí fue a quien se dirigió primero. Me acuerdo que esa tarde venía yo espectacular, como si alguien me hubiera dicho: tú púlete, que vas a conocer a alguien. No, no te creas, venía así por tí. Y estábamos aquí mismo, bien acaramelados, cuando entró. Y el viento que estaba soplando como endemoniado, nos hizo voltear a ver quién había abierto de par en par. Me vio y se vino derecho y me dijo, perdón, señorita, ¿no sabe usted si rentan cuartos aquí? Ay, joven, no sé, pero pregúntele a don Melchor, el de la caja, que es el dueño. Y se fue con don Melchor, que ya tenía la carota puesta.

—Estás equivocada —me oigo decir—. Acuérdate que oímos el ruido de una motocicleta que no quería arrancar y ustedes dijeron, pobre tipo, se le debe haber atascado en la playa. Y no bien cerraron la boca, cuando ya lo teníamos enfrente, hecho un asco y ofreciéndonos algo que no entendimos qué era, hasta que por no dejar vimos en la palma de su mano un anillo grabado que parecía de oro y en su muñeca una esclava con iniciales tan entrelazadas que no se entendían. Entonces yo le pregunté a cuánto daba la pulsera, que al cabo a cualquiera le podía quedar. Pero él dijo que no la vendía, pues con lo que más adelante le dieran por ella, pensaba ir viviendo mientras llegaba a su destino. Pero que el anillo lo daba barato, porque lo único que quería era comprarse unos tubos de color y unos pinceles.

—El anillo de la Universidad de Heidelberg...

—En eso sí estamos de acuerdo, para que veas —dice Toño—. Yo le dije que se largara de una vez: mira, esto es una tomadura de pelo, si fuera de oro, no ibas a darlo en cien pesos.

—Sí, hombre... yo también creí que no era más que uno de esos amigos que tienen la ventolera de causar lástima, y ahí andan tratando de esquilmar incautos. De esos cuates que no sirven para maldita la cosa y piensan que van a deslumbrar a todo el que se encuentran, y que a la larga no son sino unos tarados.

—¡No es cierto! —interrumpe Paco—. A mí me consta que no. Aquella vez le dijo a don Melchor que si no le daba trabajo. El patrón le contestó que conmigo se daba a basto, porque ya no se paraban ni las moscas. Fue cuando él dijo que el chiste era atraer a la clientela, y que por las noches podía recitar la Ilíada, los pasajes que le pidieran. Se la sabía enterita. Entonces don Melchor, que es español, dijo, no me digas... ¿y por qué no también la Odisea? Y él le respondió que no, porque no le gustaban los poemas de hogar.

Claro, nunca le gustaron. Sin embargo, a estas alturas ya debe haber encontrado el sitio que buscaba en los bosques del Canadá. Un árbol muy robusto, desde el cual, trepándose,

pueda divisarse alguna de esas villas canadienses, tan compuestas que parecen maquetas. Ahora, adentro de su casa socavada en el tronco, toda tapizada con pieles de oso y de zorra, con sus muebles tallados por él mismo a navaja, muy solo, o tal vez en compañía de alguna pequeña mascota que haya encontrado perdida entre la maleza, ha de estar ejercitándose, mientras aguarda a que un golpe de suerte lleve hasta allí el comunicado de una agencia marítima de viajes. Y ha de estar tranquilo, y se ha de quedar todo el tiempo que le queda libre pintando esos cuadros de mujeres con perfil vertical como el suyo, destrenzadas y con jarros antiguos en las manos, pinturas que pasado un tiempo se desteñirán como por arte de magia, aunque para cuando eso suceda él ya estará lejos.

—A lo mejor está en su casa —dice Pedro—, y como él dijo, a lo mejor ya se casó. Y si fue verdad todo lo que nos contó, ahorita mismo ha de estar en su despacho, hasta arriba de un edificio, dictando las últimas órdenes por el interfón, con algún negociante enfrente, invitándolo a cenar, antes de tomar su auto e irse a su casa donde su mujer espera a un niño que será como él. Es todo —terminó—, no nos hagamos ilusiones.

—Yo me lo hago más bien bailando sobre las ruinas de la falsa Troya desenterrada por Schliemann... —dice Paco.

—Mira, ya que quieres presumir de enterado, a ver: dime los nombres de dos abogados áticos...

—Y de dos ingenieros...

—Y siquiera de un periodista... A ver...

—Lo único que yo sé es que las hijas de Tíndaro fueron Helena y Clitemnestra. Las dos hermanas se casaron con dos hermanos, Agamenón y Menelao. Max les advirtió lo que ocurrió en aquel tiempo y los previno. Ustedes saben lo que les espera si siguen tentando al destino... Porque según consta en los poemas, sus respectivas descendencias, hasta hoy, corren así...

El caso fue que cuando menos acordamos ya estábamos platicando con Max, como si hiciera años que lo conociéramos. Recuerdo la vez que dijo: Antier que los conocí... a mí se me hizo que ya hacía un mes. El caso es que una tarde llegó a esta playa. Y esa tarde coincidimos con él. En eso coincidimos los cuatro. Por eso, para unificar versiones, hemos llegado a la conclusión de que: después de haber dado un largo paseo, en cuanto se encapotó el cielo y el viento empezó a soplar, entramos a descansar y a tomar algo en el viejo restorán de don Melchor. Y desde que entramos, él ya estaba aquí, encaramado en uno de los taburetes del mostrador, comiendo a grandes mordidas mientras echaba una ojeada al periódico de ayer. Sí, así fue. Luego pidió una taza de café y fue a sentarse a una de las mesas, para ver desde ahí lo que podía verse, más bien de la playa que del mar. Entonces tuve el mismo sobresalto que siente uno al ir a toda velocidad por la carretera del cantil, o cuando las olas se

empeñan en no sacarnos a flote, y que no es otra cosa que falta de respiración.

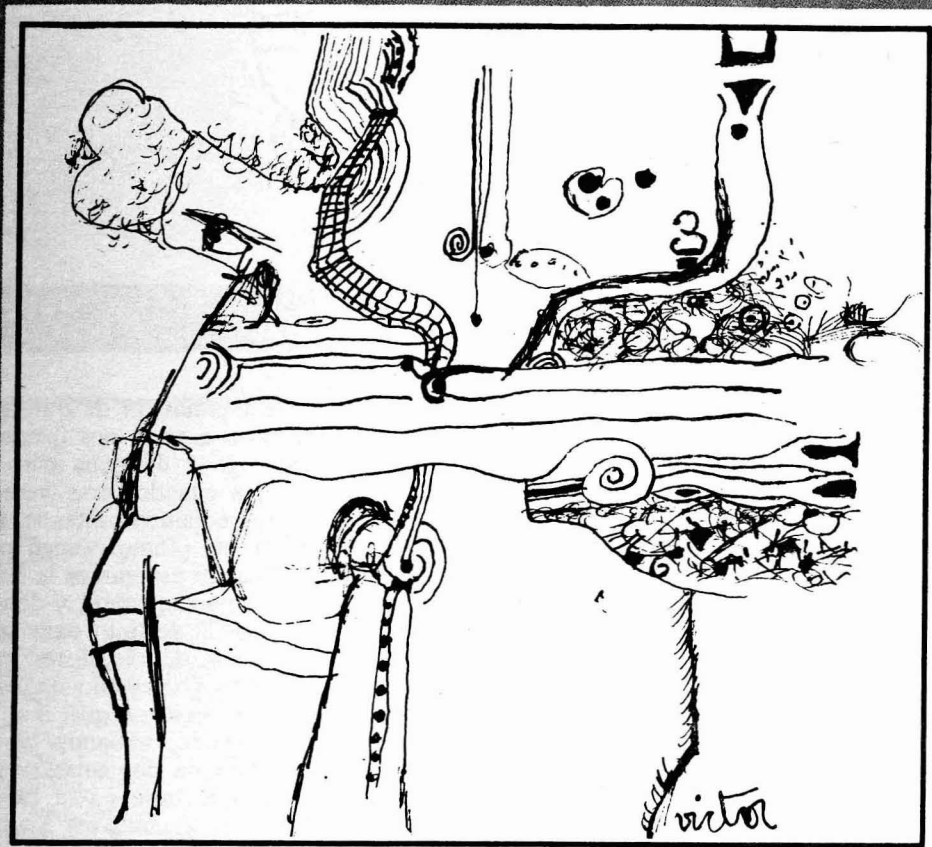
Tanto Linda como yo, escogimos los lugares más convenientes para mirarlo hacer sus porquerías. Me acuerdo también que uno de los muchachos preguntó: ¿Quién será ese tipo?, nunca lo había visto antes. Ha de ser un vagabundo, contesté. Pues no tiene la pinta... dijo mi hermana. Y aparentamos olvidarlo. Pero al rato ya estábamos, sin saber cómo, los cinco juntos en una mesa que no era ni la nuestra ni la de él. Y ahora que lo pienso, todo debió haber sido una jugada que nos hizo Paco, el mesero. Porque al servir las órdenes, tanto nuestras como de él, las puso en un sitio aparte. Y todos, al ir por nuestras cosas, nos hicimos los contradictizos. Él hizo alguna pregunta, y eso fue más que suficiente para que Linda, que es como es, bueno, yo también, y los muchachos que no iban a dejarnos solas, nos sentáramos ahí. Entonces nos dimos cuenta de que algo no respondía a la idea que nos habíamos formado de él. Lo primero que saltaba a la vista era su desaliño, esa capa de polvo que lo cubría y que le daba un color uniforme, dorado terroso, a sus pantalones desteñidos, a su camiseta, a sus cabellos cenicientos, a la barba de varios días y a la chamarra de pana de seda, que nada más viéndola se adivinaba la etiqueta francesa del forro. Entonces caí en la cuenta de que los ruidos de moto, que habíamos oído antes, los había hecho él al pedalearla. Salimos a ver en qué podíamos ayudarlo y Pedro lanzó un silbido de admiración. Seguramente había intentado meterse y andar en ella por la playa, ahí donde la arena mojada presentaba mayor consistencia, pero se le había atascado cerca de los tablones que subían al restorán. Los muchachos le dieron una mano para jalarla, y terminaron dejándola apoyada contra uno de los pilares del porch.

—¿De dónde vienes? —le preguntamos.

Pero él contestó ambiguamente y se interesó más en saber qué hacíamos nosotros. También dijo que el lugar le gustaba, que pensaba quedarse un tiempo, que si no sabíamos si rentaban un cuarto en el restorán. Nosotros le recomendamos dos hoteles, por si acaso, el más caro y uno de los baratos. Pero nos explicó que lo que buscaba era vivir cerca del mar. Aquí mero, dijo. Y así estuvimos platicando hasta bien entrada la noche. A Paco, que lo asediaba a preguntas, le empezó a recitar algo que parecían versos en un idioma extraño. Enseguida los traducí, para nosotros únicamente, pues el mesero se entusiasmaba tanto que cualquiera hubiera creído que los entendía. ¿Se acuerdan de este pedazo?, dijo, y recitó el triunfo de Aquiles sobre Héctor y la vejación del cadáver ante la expectación de su ciudad.

—¡Uy, debe haberle destrozado el cuerpo! ¿Qué largo aproximado tienen esas murallas?

—Tienen, tenían más bien... No lo recuerdo ya. Pero pienso decírtelo un día de estos, aunque va a ser difícil. A



no ser que le escriba a mi maestro de ética, en Heidelberg, y ya sabes lo que tarda el correo... Estas cuestiones tienen que consultarse en los libros, y yo no traje nada conmigo. Bueno, como no sea ese armatoste —y señaló hacia afuera donde estaba la moto—, y lo que traigo puesto encima.

En su casa, su papá le había dicho: Bien, ya es hora de que empieces a preocuparte por tu posición y dejar de andar jugando con tus amigos y haciéndole al loco en la motocicleta y yendo de una muchacha a otra. No estaría mal que fueras pensando en serio. También que te casaras. Para eso, nada mejor que vayas conociendo mis negocios, que estés bien enterado para que llegues a manejarlos pronto. Por preparación no ha de quedar, sólo falta que te decidas. En recompensa te dejo en libertad para que escojas el auto que más te guste. A mí nada más me dices dónde, cuándo y cuánto. Tampoco estás en edad para andar en esas trazas, que desdican nuestra posición y en nada incrementan el cultivo de las relaciones que te pertenecen y que te has empeñado en ignorar.

Esa misma noche salió de su casa a bordo de su motocicleta. Tocó varios sitios, desempeñando trabajos de ocasión, hasta que llegó aquí.

Don Melchor le rentó un cuarto anexo a la trastienda y retuvo su pulsera como rehén. Y como ninguno de nosotros creyó mucho sus historias, nadie se interesó en el anillo. Sólo Paco sacó sus ahorros para comprárselo en los cien pesos convenidos, y tuvo que ponerle varias vueltas de tela adhesiva en el interior, para que se le sostuviera en su dedo de mujer.

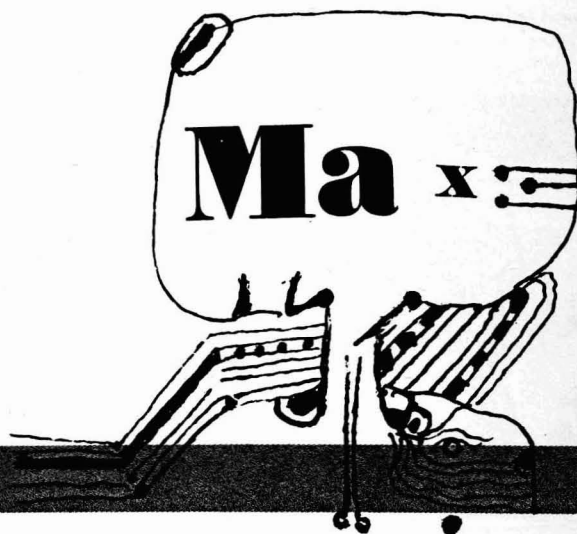
Creo que esa misma noche, Max y los muchachos hicieron

planes para entretenerse los dos meses de las vacaciones. Y por las tardes podemos ir al cine, propuso Linda. No, muchas gracias, contestó él, nunca me ha gustado ir al cine, siempre que he ido ha sido por la fuerza. Entonces, dije yo, podríamos dar la vuelta en auto o caminar por la plaza, para ver si consigues novia y así ya somos tres parejas. Eso sí, para que veas, dijo entusiasmado, me encanta que me vea la gente.

Los planes de ellos comenzaron al día siguiente por la mañana. Y como se suponía que eran deportivos, entrenamientos de ataque y defensa, como les llamaban, las dos quedamos excluidas. ¡Max nos someterá a un régimen espartano!, decían sin disimular la emoción. Está bien estudiar, les había aconsejado, pasarse media vida aprendiendo, pero también hay que ejercitarse. Nunca se sabe lo que puede pasar, hay que estar en condiciones.

A partir de entonces, se estableció entre nuestros novios una rivalidad secreta. Cada uno quería ser más amigo suyo. Y cosa que les contaba de sí mismo, de su vida, o de lo que sabía, esperaban estar juntos para presumirse de la confianza que les había tenido. Así, ya no los veíamos sino por las tardes. A veces nos llevaban al cine. Pero eso cuando Max quería estar solo, porque le entraba la inspiración y se la pasaba en la playa hasta que oscurecía, pintando un mar lleno de barcos guerreros, actos de saqueo y de raptos.

En una ocasión, Linda y yo nos levantamos de madrugada para ir a ver en qué tanto se ocupaban. Dimos un largo rodeo a pie, para llegar por el lado de las dunas y que no nos vieran. Llegamos mucho antes que Pedro y Toño. Y desde el matorral vimos a Max, ahí abajo, en el patio de atrás del



restorán, donde amontonaban las cajas vacías, los tambos de combustible y todo el mugrero, colgado de un tubo haciendo vencidas. Luego descansaba y volvía a lo mismo. Al rato ya estaba en el suelo, incorporándose repetidamente con los brazos. Linda y yo nos preguntamos cómo podía dedicar tanto esfuerzo a algo tan inútil y sin chiste, en lugar de estar barriendo la basura o limpiando los vidrios siempre sucios. Pero momentos después ya estábamos llevando la cuenta de sus dominadas a media voz, y caminando hacia él. No me explico cómo no nos vio, tan enfrascado estaba en lo que hacía. Sólo nos detuvo su repentina inmovilidad y una aspiración suya, tan fuerte en nuestros oídos, que las dos nos llevamos la mano a la garganta. En ese momento, frente a él con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, nos dimos la escapada y volvimos a trepar la duna por donde no podía vernos. Llegaba el auto de los muchachos. Y apenas se dieron unas palmadas, cuando ya estaban corriendo de acá para allá, persiguiéndose y entablando luchas, hasta que consideraron que ya estaba bueno y se metieron al mar. Entonces vimos a Paco salir del tejabán del porch y pegarles de gritos. Así hasta que lo oyeron y entraron, seguramente a desayunar. Linda y yo sacamos unos cigarros, y uno tras otro se nos fue el tiempo, sentadas, tratando de reconstruir un friso donde tres personas se enfrentaban sin querer verse en la atmósfera carcomida del mármol. Cuando volvimos a asomar la cabeza, ya estaban de nuevo en la playa, tendidos bajo un cielo nublado, en la arena que era casi su reflejo opalino. Nos fuimos. Y pensar que para esto madrugamos... Alcanzamos a ver otro coche lleno de amigos que se estacionaba. Tal vez organizarían un partido que iba a durar hasta el mediodía, o sea, hasta que Max pretextara estar muerto de fatiga, para poder ayudarlo a Paco con la limpieza, con lo que le chocaban los oficios serviles.

Esa tarde volvimos al restorán. Atrás del mostrador, en la pared de la parte de arriba, habían colgado una manta, como para tapar algo. Le preguntamos a Paco y nos respondió que nada, que estaban haciendo reparaciones. Como no le creímos, le hicimos la misma pregunta a don Melchor que, cosa rara, estaba de humor. Y muy en secreto nos comunicó que eran puntadas de Max... Bueno, pues que Max estaba pintando una obra mural que ilustraría el nombre de su establecimiento. La diosa del Mar: No quiere que se sepa, nos dijo quedito, me hizo prometer que no se lo diría a nadie, pero qué quieren: algún día tiene que descubrirla y qué voy a decir: ¿que la pinté yo? Él me sugirió decir que había contratado a un artista, pero cuando me lo iba a creer, con lo mal que anda el negocio y cuando que a mí nunca me han interesado esas cosas de arte... ¿Y a qué horas lo pinta? Pues cuando cerramos, antes de irse a acostar.

Por el tiempo en que desveló su mural, unos días antes de irse, ya no le importaba que lo supiéramos, ya no se aver-

gonzaba de saber pintar, ni de que le gustara. Tal vez porque fingimos que poco a poco nos íbamos dando cuenta: cuando nos explicaba algo y dibujaba con agilidad sobre las servilletas de papel, o cuando otras veces llegábamos por detrás de él y lo sorprendíamos pintando triunfos y masacres a la orilla de un mar de plomo. Tengo presente la noche en que lo descubrió. Cuando esperamos la hora de cerrar, para que se fueran los demás parroquianos, y don Melchor se puso espléndido con una botella de tinto para celebrar el acontecimiento. Todos nos pusimos de pie, listos para brindar. Paco apagó los focos del techo y encendió unos que había colocado atrás del mostrador, de manera que iluminaran desde abajo a la pintura. Acto seguido, tomando las cosas muy a pecho, se encaramó en una silla con unas tijeras en la mano. No nos habíamos fijado que traía en la cabeza unas hierbas entrelazadas, y estuvimos a punto de atacarnos de risa. De pronto empezó a cantar esos poemas antiguos que había aprendido de Max, y de los que yo no entendí ni las raíces más elementales. Cortó el cordón y el trapo cayó hacia un lado. Paco y Max derramaron el contenido de sus vasos. Del centro emergía una figura femenina con la cabeza vuelta de perfil, desnuda hasta la cintura. Dos mujeres la ayudaban a salir del mar, aunque no se sabía a ciencia cierta de dónde, porque un poco más abajo del curvado velo que apenas le cubría la cadera, terminaba el lienzo de pared y seguían los estantes. A ambos lados, a todo lo largo, lo demás estaba vacío, al natural el muro mugroso de siempre, que sólo había cubierto parcialmente de blanco.

—Falta la firma —observó Toño. Y Paco volteó aterrado:

—¡Es cierto, Max, no lo firmaste!

—¿Alguien trae una pluma?

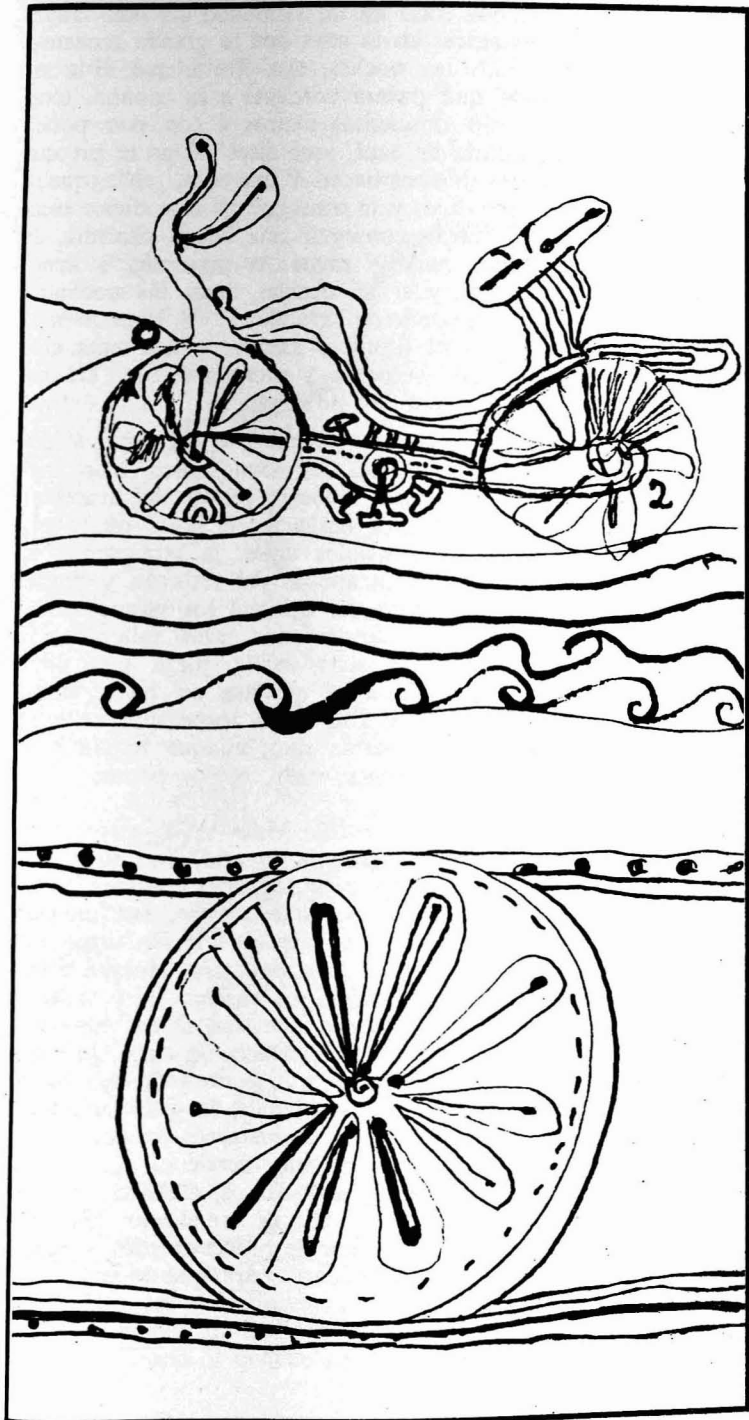
—Si quieres coge la atómica de la caja —dijo don Melchor.

Entonces él se subió al mostrador y estuvo cerca de cinco minutos trazando, sobre la parte sin pintar, su firma bien grande y rellena. Es una belleza, decía Linda, es una lástima que la diosa esté en este cuchitril... Qué le vamos a hacer, le contestaba Max, así es el destino, ya vez a Paco, actualmente reducido a la condición de criado y a mí de pintaparedes... Oye, ¿es el retrato de tu madre o qué?, exclamó don Melchor y nosotros lo quisimos fulminar con la mirada, es que se te parece mucho, por eso... Y agregó: Este hombre va a acabarse toda la carga.

Cuando Max se fue, y el mural fue despintándose paulatinamente, como todos sus demás cuadros, primero las pinceladas iniciales y en seguida las otras, algunas de las cuales se conservaron en calidad de fino polvillo adherido, sólo la firma que hizo sin esa preparación efímera suya, quedó. El nombre de Apeles todavía se ve claramente y por eso Paco ha dado en llamar al mostrador, la Stoa.

—¿Cuánto tiempo tardó en borrarse la diosa, Paco?

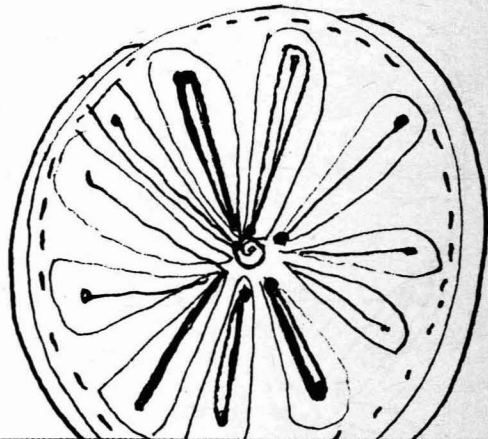
—Muy pronto, señorita, al día siguiente ya no había nada.



Pero no es cierto. Por ejemplo, los retratos que nos hizo a Linda y a mí como las divinas Helena y Clitemnestra, y a Pedro y a Toño como los divinos Agamenón y Menelao, tardaron meses en desteñirse. Por eso creo, estoy segura, de que el mural de la Stoa tardó más.

Un día, cuando Max vio la oportunidad, tal vez porque presintió de qué manera tan inconsciente nos estaba separando, cuando vio que los muchachos, con todo y ser hermanos, ya casi no se trataban y preferían buscarlo a él por separado, y solamente andaban juntos cuando no les quedaba otro remedio, aprovechando entonces para pasearse por el centro, exhibiéndose, aunque antes que nada exhibiendo a Max, para que las muchachas se hicieran las encontradizas con ellos e iniciaran pláticas que invariablemente terminaban con la organización de alguna fiesta, previa insinuación de que: claro, aquí su amigo también está invitado, nos encantaría... cuando vio que Pedro y Toño llegaban por él, cada quien en su auto, cada uno apresurándose para llegar antes que el otro, y cómo en cierta ocasión, hasta se golpearon cuando se trató de decidir cuál de los dos llevaba a Max a una de esas casas de las afueras; cuando, según él, vio el efecto que nos había causado aquello que dijo sobre la maldición atrida que pesaría sobre nosotros si nos casábamos, y que tomamos como una locura suya, por más que nuestro distanciamiento hiciera creer que lo habíamos tomado en serio; cuando vio que Linda y yo nos arrebatábamos la palabra cuando nos dirigíamos a él, cuando vio la de veces que llegábamos por esos rumbos apartados, so pretexto de ir a buscar a Paco para hacerle un encargo, y en cuanto nos topábamos con él se nos olvidaba a qué habíamos ido, cuando vio que hacíamos todo lo posible para que nos debiera favores, como: ¿no quieres que te cosa la camiseta?, quítatela y te la puedo traer mañana temprano, de veras que no es molestia, en la casa tenemos a una mujer que nos cose, y: te invito una nieve en la refresquería, tengo una amiga que te quiere conocer, está interesada en tomar clases de pintura; en fin, que cuando Max vio que aquello no iba por buen camino, y cuando se enteró por nuestros novios de que nosotras andábamos haciéndole un doble juego, diciéndoles que no nos gustaba que fueran a jugar tanto con él, que qué era eso de que dos jóvenes tan decentes andarse juntando con un tipo que quién sabe quién sería... Y tal vez, cuando Max vio todo eso, decidió poner algo de su parte para volver a reconciliarnos:

—Quisiera levantar una cabañita por la altura de las dunas, donde estar tranquilos, donde juntarnos a platicar. Aquí, si no estamos en el restorán, o dando vueltas en la plaza, es imposible. Donde descansar, estar tirados y preparar café, y poder pintarles unos retratos posados. Ya he conseguido unos tablones y unas láminas acanaladas que tiraron de la frigorífica. ¿Qué les parece la idea? Lo que no sé es si esté permitido, a lo mejor luego me caen los guardias y la derriban...



—Por eso no tengas cuidado, ¡para algo mi papá es el gobernador! —dijeron Pedro y Toño.

—Ay sí... —dijimos—, y eso qué. Tú haz lo que quieras, Max. Mi papá no necesita de elecciones para ser el más importante de la comarca. Ya sabemos quién le hace los mandados a quién...

De regreso, no bien hicimos las paces, acordamos: Hay que dejarlo hacer lo que quiera, nada de andarse entrometiendo, sobre todo ustedes que son de un resbalosas... sobre todo ustedes que son de un arrastrados... A Max no le gustaría que intervinieramos. Si nos pide ayuda, ya será cosa de pensarlo. Además qué va a decir la gente, que ya nomás nos falta vivir con él.

Pero pensábamos todo lo contrario y hacíamos un verdadero esfuerzo para que el interés en su cabaña no se nos notara. Cuando volvimos a reunirnos, no tocamos el punto esperando a que él lo hiciera, pero silencio. Y así las veces siguientes, hasta que:

—¿Y como va tu construcción? ¿Cuántas piezas le vas a hacer?

Paco lo interrumpió:

—El megarón, únicamente, no hay para qué más.

A Paco ya sólo le faltaba hablar diariamente en griego. Para entonces tenía un vocabulario extensísimo, y más nos valía fingir que le entendíamos. De haberle durado más tiempo la excentricidad, seguramente habría empezado a correr fama de trastornado. Pero así como aprendió el idioma en cosa de días, así también, con la desaparición de Max, lo iría olvidando hasta dejar de hablarlo. Por lo pronto, si queríamos callarlo, vaya uno a saber si por envidia, le preguntábamos algo que lo tenía obsesionado, que lo hacía quedar absorto y por lo tanto mudo:

—Y qué pasó, ¿ya te enteraste cuánto medían las murallas de Troya?

—No —contestaba—, pero para qué me preocupo, Max prometió decírmelo.

Tarde se nos hacía por conocer su cabaña. Y una vez todos estuvimos a punto de romper la promesa y darnos una pasada por ahí y ver la construcción que ya se divisaba levantada.

Así que cuando Max nos dijo: Espérense hasta mañana, no aguantamos más y empezamos: ¿Aseguraste bien el techo contra el viento?, si necesitas alambre para los amarres, y algunas hiladas de ladrillo para el piso, cuando cambiaron las puertas en la casa, guardamos algunas de las viejas, cómo vas a estar en el chiflón, y a propósito: Menvivil, el de la herrería me debe cierto favor, él podría hacerle una ventanita rápido, ¿no crees?, ¿y ya has pensado en lo de los muebles?, de menos los indispensables, tienes que estar cómodo, ya que te tomaste tanto trabajo, a nosotras nos sobran cosas, ¿verdad, tú?, por lo pronto cuenta con mi radio de transistores, nos acaban de regalar uno a cada una, y: ¿te acuerdas de

la tele de pilas que nos trajo mi tío Edmundo del otro lado?, si quieres te la prestamos, en la casa con la grande tenemos, qué vas a hacer todas las noches, oye, Toño, qué diría mi papá si le dijéramos que pasara corriente a la cabaña, total del restorán acá serán doscientos metros y con dos postes basta, y hay que pintarla de azul, ¿qué dices! tú no te preocupes: a nosotros nomás déjanos hacer. Y una cosa, ¿eh?, cuando te aburras de esto, nos dices y te conseguimos algo digno en la ciudad. Te podemos hasta conseguir una buena chamba, de esas en que no haces nada y nomás te presentas a llenar el expediente. Piénsalo, y si te decides, para las próximas vacaciones ya estás instalado en grande... Y Max miraba la bruma que ocultaba el litoral y asentía, y sus ojos eran un reflejo acorde al mar, húmedos y profundos, fijos en esas otras vacaciones que no habrían de llegar.

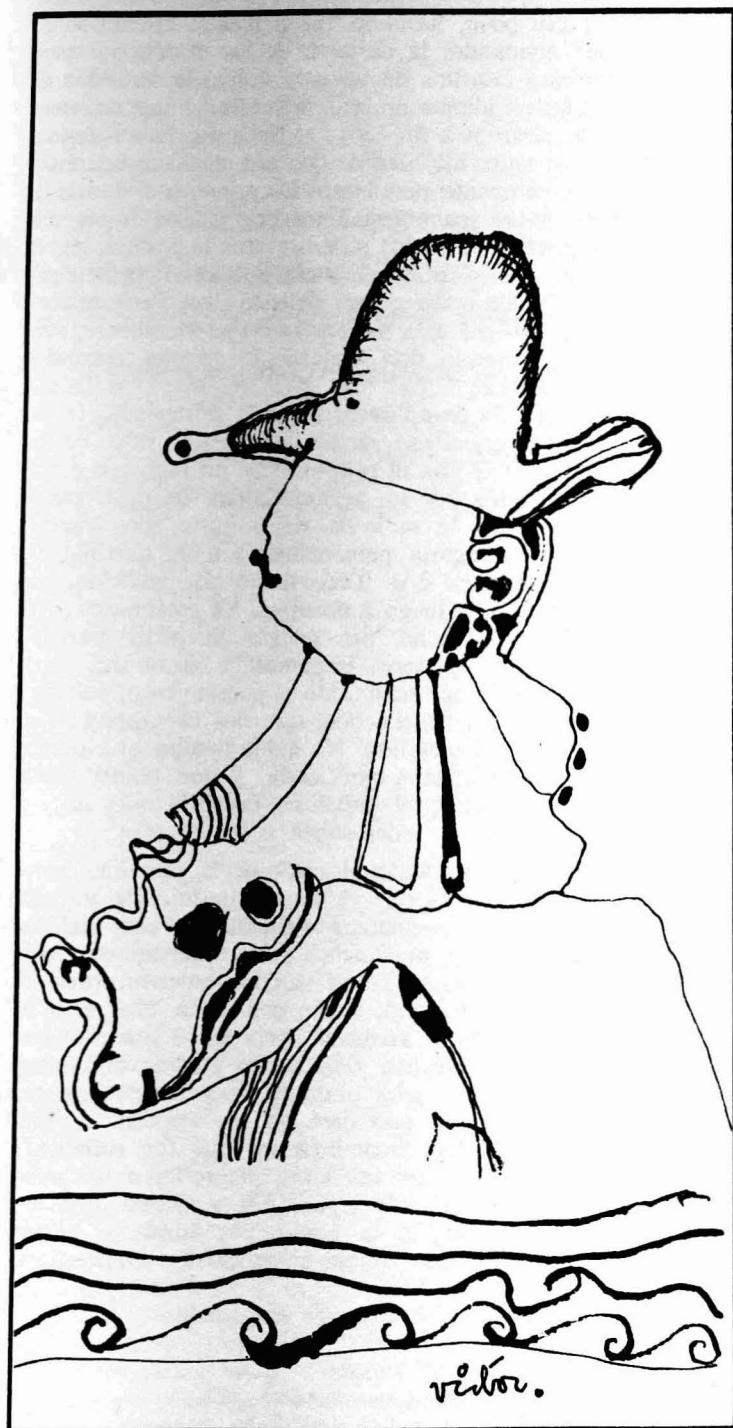
Así nos la pasábamos, sentados frente a la cabañita, viendo el mar, la arena y el cielo, todo del mismo color, bien arropados con unas frazadas contra el viento grisoso del atardecer. Nos sacaban de ese sopor, nos deshacían el nudo de la garganta, unos gritos incomprensibles entre la monotonía del oleaje: Paco se pegaba sus escapadas del restorán y llegaba acezando. Se sacaba de abajo del delantal los paquetitos de café y de azúcar y nos preparaba unas tazas calientes. Ya había logrado reunir una pequeña vajilla, pieza por pieza, media docena, justo para que se quedara un buen rato a platicar: don Melchor se quejaba de lo torpe que se había vuelto, de la de tazas que había roto; aunque lo diligente, decía que decía, no te lo quita nadie, ni los pedazos llevo a ver.

—Yo iba hacia el Canadá —dijo Max—. (Y atrás la cabaña de un solo cuarto toda pintada de azul, con sus libros, su televisión y su radio, su ventanita de hierro y vidrios con su cortina, su puerta de bastidor siempre abierta, sus tabloncillos y sus láminas bien afianzados, su piso de ladrillo embreado, sus tubos de colores, sus tablas lisas para que pintara a gusto, sus balones de formas distintas, sus enseres... y todo era nuestro, pero nosotros pensábamos que sólo él era nuestro y todo lo demás de él. Lo poco verdaderamente suyo, la motocicleta, la chamarra de pana de seda, la pulsera de oro, estaba guardado en el restorán, y hasta el anillo de graduado de la Universidad de Heidelberg, en posesión preciada del mesero Paco, que todavía no se metía al mar, donde el agua habría de sacárselo de su dedo de mujer). Iba al Canadá, pero al cruzar la ciudad no resistí la tentación de ver el mar. Me gustó así, como cubierto por una coraza de bronce verde, y pensé: aquí no hay nadie, aquí me quedaré, para qué ir más lejos, voy a construir aunque sea un cobertizo, y en eso se me atascó la moto y vi que más arriba había un restorán...

—Paco, ¿qué edad tendría Max cuando lo conocimos?

—¿En aquel entonces?

—Sí, hace un año.



—Pues ustedes calculen, que saben calcular, y saquen la cuenta. En 1180 antes de Nuestro Señor, cuando los generales reunieron sus contingentes para la guerra, él debe haber andado por los veinte años, ¿no?

—¿Y por qué tanto?, cómo crees...

—Bueno, también existe la posibilidad de que haya nacido en 45, cuando terminó la guerra y los generales se suicidaron o fueron asesinados.

—Por favor, Paco tú qué sabes...

—¡Los que no saben son ustedes!

Y puede ser que sí. Porque Paco fue el único que presenció su llegada. Estaba de ocioso en la cocina, viendo la playa por el respiradero, a través de la tela de alambre cubierta de moscas y de cochambre, cuando vio que alguien se desplazaba a toda velocidad en una moto, levantando con las ruedas una cortina de agua. Y en una de tantas vueltas, al adentrarse más en la arena, el artefacto derrapó. Su primer impulso fue salir a ayudar, pero pensó que con qué fuerzas, que mejor era dejar las cosas como estaban. El destino diría si ese tipo, salido del mar en una motocicleta hecha para andar sobre las olas, habría de quedar varado, o...

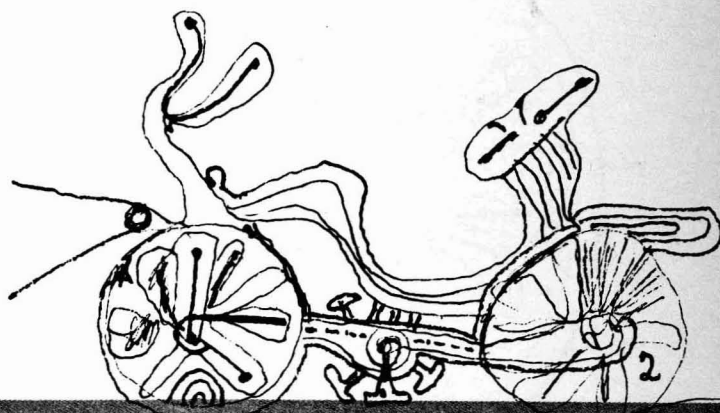
—... y en eso se me atascó la moto y vi que más arriba había un restorán. Entré a pedir ayuda, pero era tan agradable estar aquí adentro, con el hambre que traía, y luego ustedes tan felices... que cuando se viaja tanto tiempo solo, dan ganas de platicar con alguien. Y como caídos del cielo me los encontré. No me imaginaba, siquiera, que iba a encontrarme, de pronto, a quienes participaron conmigo en aquel acontecimiento, el único en el que vivimos al mismo tiempo. De alguna manera debe uno recordar lo que sabe, y qué mejor que hacerlo con la gente a quien nos unen antiguos lazos. Por eso, el hecho de que ninguno recuerde la longitud del bastión de Troya, es disculpable; no se muere en vano tantas veces, aunque no me explico cómo pueden olvidarse cosas tan importantes...

Entonces yo me doy cuenta, como si me observara desde afuera que miro el mar con una mirada que es copia de la suya, y que no es sino el ceño fruncido que intenta adivinar, tras la neblina, las ondas que, teniendo diversos nombres, parten y entran en el Mediterráneo, tocan sus costas y se introducen por el Helesponto para aromar la colina de...

—¿Cómo se llama hoy la colina, Paco?

—Hissarlik, que feo suena, ¿verdad?

—... y ese era un dilema que me venía planteando tiempo atrás sin poder resolverlo. Por eso me dirigía al Canadá, porque mientras tengamos preguntas sin respuesta, es inútil viajar a Troya y proseguir la guerra. Es necesario, antes, encontrarse un buen árbol y hacer una casa, socavar un largo corredor de acceso, ascendente e inexpugnable, y al final una pieza que lo mismo sirva de salón de armas que de biblioteca, de comedor que de dormitorio, el piso recubierto con



las pieles de los animales cobrados, y unas pequeñas ventanas por donde otear el horizonte; labrar uno sus propios muebles en esa madera rojiza del maple, pintar mujeres y cántaros, dibujar planos estratégicos, y así dejar que pase el tiempo mientras la respuesta se revela sola, tal vez en el momento de labrar una palmeta o una voluta, en el acto de dejar caer el pincel sobre un perfil, o cuando tirado en una piel de oso se mire caer el anochecer en la villa aledaña que apenas se distingue. Entonces será la hora de enfurecer, de incendiarlo todo y partir a embarcarse en la primera nave que salga hacia Asia. Así sucedió cuando el Rey de hombres tuvo un pretexto, y así cada uno de sus generales y los 60,000 héroes reunidos.

—¿Dónde estará ahora?

—Yo creo que muerto de coraje al ver la ciudadela derruida, sin sillares, ni torre, ni puerta, ni almenas.

—Tú qué sabes...

Para esto ya hemos salido del restorán. Dentro de unos minutos se perderá la visibilidad, pero aún así no vamos tomados de la mano, pero aún así no nos dirigimos al auto. Caminamos hacia las dunas donde ya no queda ni rastro de la cabaña de Max. Sólo al día siguiente del incendio, pudimos ver los fierros retrocidos de la ventana y lo que quedaba del televisor. Luego el viento barrió las cenizas y la arena sepultó lo demás. Lamentamos no haber recogido siquiera un vestigio de esas ruinas con qué dar fe de su existencia. Pero no. Max regó todo muy bien con gasolina y todavía dejó adentro un tambo lleno, para que hiciera explosión.

Aquella madrugada en que Paco nos telefoneó, asustado por el ruido y describiéndonos las llamas que veía, a nosotros nos fue imposible salir de la casa. Fue inútil que tratáramos de dar una explicación convincente. Y mientras, afuera, los silbidos de los muchachos. Al fin, cuando empezaba a clarear, nos dieron permiso. En el lugar del fuego sólo había arena ennegrecida, y sobre ella la sombra más oscura de Paco contemplándola. Era todo. La noche anterior Max se la había pasado aceitando su moto, porque don Melchor le dijo que el salitre podía echársela a perder. De la misma manera que también le dijo: ¿No pasas frío, Max?, llévate tu chaqueta de pana, ¿para cuándo la quieres?... ¡ah!, dijimos nosotros, ¿y su esclava grabada?, ¿cuánto quiere usted por ella? ¡Uy!, contestó el viejo, da la casualidad que ayer mismo vino a saludarme un conocido mío que se dirigía a la frontera, y se la enseñé, más que nada por hacerle el favor a Max, que andaba necesitado. El chiste es que mi amigo se interesó. Lo consulté con Max y los dos llegaron a un acuerdo. Quiso pagarme lo que me debía, pero, claro, no le acepté un centimo, sabía que tarde o temprano iba a hacer un largo viaje.

Así que ni eso nos quedó. Y la idea de poseer algo suyo se convirtió en obsesión. Fue en vano buscar una pista, un rastro cualquiera. Tendría que pasar un año para que nos resignáramos.

mos. Por si fuera poco, hasta lo que habíamos aprendido de él, se nos fue olvidando, la destreza de los muchachos para romper tablones y ladrillos de un solo golpe, la facilidad de Paco para hablar un idioma muerto, la vergüenza que teníamos Linda y yo de mirarnos a los ojos... Nada nos había dejado. Ya he dicho que todos los cuadros que nos regaló se borraron. De nada sirvió, en cuanto percibimos los primeros síntomas de desvanecimiento, que los cubriéramos con vidrios o los resguardáramos en el fondo de los roperos; hasta la pintura blanca que usó de base se volatilizó. Y nada más conservamos una tablas manoseadas de tanto querer detener algo. Pero miento, algo sí dejó: una firma que no era la de su nombre, y que un día de estos, cuando don Melchor le de una remozada al local, desaparecerá.

También habría de desaparecer la carta misteriosa, escrita con tinta invisible, que Paco recibió anoche, al rato de habernos despedido de él con el propósito de no regresar nunca, y que le fue entregada por un agente viajero, de paso por la ciudad, que se tomó la molestia de ir hasta esos rumbos de la playa para entregarla personalmente a su destinatario. Sr. Francisco Rodríguez c/o. Paco llamó por teléfono, primero a los muchachos y luego a nosotras. Ya estábamos acostadas y era la medianoche. Sin pensar en pedir permiso, menos en avisar que salíamos, trepamos la barda del corral y, como si nos hubiéramos transmitido el pensamiento, saltamos directo al coche de los muchachos, que nos esperaban en el callejón con el motor encendido. No había tiempo qué perder. Paco dijo que ya le andaba por leerla, y que como estaba escrita con tinta invisible, el papel no resistiría más de una aproximación al fuego: Ustedes saben si les interesa.

Conforme la fue acercando al calor de la parrilla, fueron apareciendo los caracteres que el mesero tradujo en voz alta a nuestra memoria de la manera siguiente: "Paco, saludos, saludos también para los muchachos y las muchachas. ¿Sabes una cosa? Las murallas de Troya son inconmensurables. En cambio tuvieron un comienzo, según consta en Ho. Pero no tienen fin, porque ni hacia arriba ni hacia abajo son otra cosa que una infinidad de estratos, y hacia acá y hacia allá corren desenfrenadas dando la vuelta o desplazándose penosamente, existiendo aún ahí donde uno cree que no existen. Lo que pasa es que a veces son escombros los que las señalan, o llegan momentos en que son tan altas que reflejan las nubes y llega a creerse que el cielo sigue. Ah, y tienen una sola puerta, lo demás es colarse: la Escea, por donde si se sale se sale a la muerte y por donde si se entra se entra a la gloria."

En ese momento llegó una mujer empapada:

—¿Max? ¿Dónde está Max?

—No está aquí, querida señora.

—Claro, ha de andar...

—No, se ha ido. Ha llegado usted tarde... ¡como siempre!